EL INSTRUCTOR

PERIODICO CIENTIFICO Y LITERARIO.

FUNDADO EN 1884, BAJO LA DIRECCION

—DEL—

Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Académico corresponsal de la Academia Mexicana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, correspondiente de la Real de Madrid; Socio Honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; Miembro corresponsal de la Sociedad Mexicana, de Historia Natural; Miembro corresponsal de la Royal Asiatic Society of great Britain and Ireland, &, &.

SECRETARIO DE REDACCIÓN,

Alejandro V. del Mercado.

AÑO XV. Aguascalientes, (México,) Octubre de 1898. NUM. 6.

La REDENCION del BRAHMAN.

Novela por Richard Garbe.
Traducida para "El Instructor" por J. González.
Publicada en inglés por The Religion of Science Library.

VI.

El SAHIB y el AGHORI.

(Continúa.)

—Sin embargo hay una particularidad en vuestra cara que no he encontrado en la de los Brahmanes de las demás partes de la India. Ahora escuchad tranquilo lo que tengo que deciros, Ramchandra. ¿No sabéis que en los tiempos antiguos antes que vuestros actuales libros de leyes llegaran á ser autoridades, no había tan estrictas leyes sobre el matrimonio como las de ahora? Si un hombre se casaba por primera vez con una doncella de su propia casta, se le permitía tomar otras esposas de castas inferiores, y los hijos, cualquiera que fuera la madre, pertenecían á la casta del padre. Así la mujer de un soldado ó de un paisano podían tener un hijo Brahman. Ahora, Ramchandra, recordad cuan pocos Brahmanes hay en Rajputana, y pensad en las nobles y distinguidas familias de soldados que hay en la tierra de vuestro padre. ¿No creéis que vuestros antepasados pudieron haber sido atraídos por las orgullosas hijas de aquella casta, en un tiempo en que esto era permitido? Creedme, en vuestras venas corre más sangre de soldado que de Brahman, y lo prueba vuestro carácter. Si yo estuviera en vuestro lugar estaría orgulloso de tal mezcla de fuerza.

Ramchandra frunció el entrecejo y su cara manifestó triste expresión. Nunca había pensado en esas cosas, que entonces se le manifestaban con tanta claridad. ¿Qué tenía que hacer entonces? Aun en nuestros días los Brahmanes son tan sensibles en este punto, que se disgustan si alguno refiere estos simples hechos de sus antecesores. ¿Pero cómo debía refutar al Sahib? Al fin Ramchandra replicó:

—Para conocer nuestra sangre y descendencia, se debe pertenecer á nuestro pueblo. Una fuerte voz interior me dice que estáis en un error.

Los dos hombres absortos en su conversación no notaron que durante la última parte de su plática habían sido observados. Cinco ó seis Brahmanes que pasaban se detuvieron á corta distancia, dirigiéndoles miradas poco tranquilizadoras.

—Es Ramchandra con el Sahib; los dos al parecer enteramente inseparables—observó uno de ellos.

—Yo no confío en Ramchandra—dijo un segundo; añadiendo después de una pausa:—Odio á Ramchandra.

El primero dijo irónicamente:

—Bien hecho, puesto que el Sahib, á los pocos días de tus instrucciones, te despidió prefiriendo las de Ramchandra. Parece que desempeña su papel mejor que tú.

El hombre insultado le arrojó una venenosa mirada, que mostraba claramente cuan profundamente lo había herido aquella estocada, y replicó:

—La conducta del Sahib me desagradó y por esto lo dejé. Pero pensaría yo que tú, sobre todo, no tienes motivo para tales burlas. Tal vez crees que no sabemos que hace pocas semanas saliste mal parado en la competencia con Ramchandra,

por el premio ofrecido por el Rajá de Darbhangah.

Un tercer Brahman se interpuso entre ellos para evitar la querella:

—No os disgustéis; todos nosotros hemos hecho lo bastante para disminuir la arrogancia de Ramchandra. El siempre nos habla como si fuera mejor que nosotros.

—Y el torrente de sus palabras—añadió otro—corta toda discusión. Es muy lastimoso ser callado por él, siendo tan joven. ¡Vedlo! habla ahora al Sahib de un modo tan arrogante.

El que había sido primero ridiculizado aprovechó la ocasión de mofarse de los que se habían burlado de él, y dijo:

—Con la diferencia de que el Sahib se rié sin dejarse callar.

El que hablaba antes no notó la observación, sólo expresó su sorpresa á la conducta del Sahib.

—No puedo comprender al Sahib; sus paisanos generalmente no toleran tal conducta de parte de nuestro pueblo.

De repente hubo un movimiento dispersándose los Brahmanes. porque de una de las calles que conducían á aquellos lugares resonó el grito de alarma:

—¡Un Aghori! ¡El ciego Aghori! ¡Tened cuidado!

En el lugar en que los Brahmanes acababan de manifestar sus resentimientos por la importancia y superioridad de Ramchandra, llegó, buscando á tientas con un bordón, un hombre ciego cubierto de harapos. Se le ve en aquella región como miembro de una clase de hombres que los Brahmanes Hindus oyen nombrar con el mayor espanto. De todos los Pariahs, el Aghori ocupa el último lugar en la India del norte. Su alimento diario es el aborrecimiento de todos los que no tienen el mismo origen de él; aun de los demás Pariahs que lo miraban con desprecio.

El infortunado anciano se detuvo, lamentándose en voz alta.

—¡Infeliz de mí! ¿dónde estoy? Entre el gentío del bazar, á donde he sido conducido involuntariamente, mi niño ha sido arrebatado de entre mis manos. ¿Cómo encontrar mi camino? De cada lado he oído que los hombres huyen de mí con gritos de horror. Oh, por qué he nacido como una maldición á todo lo creado?

Mr. White oyó ese grito de angustia y miró al ciego.

—Mirad á ese pobre ciego, que probablemente ha perdido su guía. ¡Cómo todos tratan de evitar su presencia! ¿Qué significa eso?

Ramchandra volviendo su cara al río contestó:

—Es un Aghori, Sahib; lo conozco bien. Debía evitar presentarse ante los hombres á quienes daña su vista. La ley Brahmana prescribe que ese desdichado habite en lugares incultos y desolados. En otro tiempo no se hubiera atrevido á pisar el suelo de nuestra ciudad santa; los hombres lo habrían apedreado. Pero desde que vosotros extranjeros gobernáis nuestro país, se ha permitido mucho que era malo, y se ha prohibido mucho que era bueno.

—Según vuestro modo de pensar—dijo el inglés con indignación—¿Tenéis otra acusación contra este hombre que la de haber nacido Aghori?

—Creo que es lo bastante.

Mr. White se impacientaba.

—El anciano busca á tientas su camino dirigiéndose al río; si sigue por él se ahogará.

—Importaría poco en cuanto á esa escoria—dijo Ramchandra con un tono grosero y rencoroso—sólo lo sentiría por el agua santa.

El juez estaba lleno de indignación. Con chispeantes ojos y voz llena de amenazante severidad exclamó:

—¡Es un hombre Ramchandra; hombre como vos! y hombre que necesita de la ayuda de otro.—Diciendo esto se retiraba, mientras que el Brahman fijaba en él su mirada, y tomó el brazo del ciego Aghori que se había acercado.

—Gracias—dijo el anciano—¿también sóis Aghori?

—No, amigo. Venid, vamos á casa. ¿Dónde vivís?

El ciego se detuvo con admiración sin límites, como si no pudiera comprender lo que le sucedía; después sobrecogido de emoción, pronunció estas palabras:

—No sóis Aghori, y así me tocáis! Los dioses, los todopoderosos dioses os lo paguen. ¡Al fin de mis días esta inexplicable felicidad! Un hombre, hombre que no es Aghori, me toca y me llama amigo. Sí, es verdad, los dioses celestiales son agradecidos; ante todo son agradecidos.—Y lágrimas de alegría se desprendían de sus apagados ojos.

VII.

LOS FUNERALES.

Mientras que el inglés conducía despacio al ciego Pariah, Ramchandra permanecía en pie como paralizado, una terrible lucha se libraba en su al-

ma. Sus ojos se clavaban sobre aquellos hombres que se apartaban, pero no los veía, un velo se extendía delante de ellos. Al fin, sus confusas ideas comenzaron á arreglarse.

—¿Qué es eso? ¿Quién va por allí? ¿Estoy soñando ó despierto? Pero no, es la verdad. El Sahib se vá. ¿Cuáles son las palabras que me dijo, con una mirada y un tono que penetraba á lo más íntimo de mi alma como un fierro candente? "¡Es un hombre, Ramchandra, hombre como vos! Y cómo un Aghori agradecía á los dioses con tal fervor, de que un hombre sin ser de su clase le tocara llamándole su amigo. Que tales sentimientos residan en el Pariah, á quien se nos obliga á mirar como inferior al gusano que se arrastra..... sentimientos de que un Brahman no tendría que avergonzarse. ¡Oh, dioses, dejadme comprender! Pero no; aunque á menudo clamo á vosotros, permanecéis silenciosos sin contestar mis súplicas con algún signo. Sóis duros; tanto como vuestras leyes. ¿Leyes? ¿Mandatos? Y si fuera verdad lo que dice el Sahib, que las sagradas leyes no han sido dadas por los dioses, sino que son obra de los hombres? ¡No, no, no es posible que por leyes humanas millones de creaturas estén condenados á inmunda miseria, desesperación y extravío! ¡Me volveré loco si pienso en eso!

—"*Râm, Râm, sat hai*.....(Dios, sólo Dios es la verdad)" resonaba con monótona repetición cada vez más cerca. Seis conductores, repitiendo siempre estas palabras al unísono, llevaban sobre una camilla un cuerpo cubierto eon un paño gris. Lo condujeron al Burnig-Ghat, y lo colocaron en la pira de antemano preparada. Un hombre que pertenecía á un orden inferior en la iglesia cuya ocupación por herencia era la de enceder las piras funerarias de Benarés, estaba en pie con un antorcha, esperando la señal para ejercitar su oficio. Ramchandra levantándose se dirigió á aquel lugar. Sabía que era el cadaver de Lilavati, porque en el círculo de amigos vió á Krishnadas en pie y con la cabeza inclinada. Al acercarse oyó decir al comerciante:

—Sólo falta poco tiempo, para que las cenizas de mi hermana se mezclen con las aguas del santo Ganga.

—Considera mejor su felicidad, Krishnadas—dijo Ramchandra—la que ha pasado semejante vida ahora goza de una existencia más dichosa que cualquiera de nosotros.

—Gracias—contestó Krishnadas—pero para un hermano que la vió sufriendo por tantos años, y sólo sufriendo, le es muy duro olvidar el pasado.

Detrás de él estaba Lakshman, mirando todo con una especie de indecisión.

—¡Pobre hombre! Pero no debo callarme; él debe saberlo—murmuró y adelantó un paso—Krishnadas—dijo á media voz.

El hombre aludido se volvió diciendo:

—¡Tú también Lakshman! Gracias. Sabía que no faltarías hoy. ¡Pero me parece que piensas decirme algo diferente!

—Siento decirlo. He recibido hoy una carta de Cashmere, con noticias muy importantes. Dice también algo de.....Champak, tu yerno.

—Supongo que nada bueno—dijo Krishnadas con el semblante abatido.—Imagino que.....

—No, nada bueno.—Lakshman vacilaba. Le era más duro dar la noticia que él se lo supusiera. —Pero necesitarás saberla.....debes saberla.

Krishnadas estaba en gran manera aterrorizado.

—¿Está gravemente enfermo?—preguntó con el mayor interés, y como Lakshman inclinase la cabeza afirmativamente, exclamó:—¡No, no, Lakshman, no digas eso! ¡Hay algo más! Dime que Champak ha robado.....que está sentado en el banquillo de los acusados engrillado por ladrón ó por asesino.....no me digas sólo que está enfermo.

Levantó suplicante sus manos hacia su amigo, á tiempo que éste volvía á hablar en voz baja:

—Como era costumbre, Champak acompañaba á Maharaja en una reciente cacería. El joven príncipe es violento, impetuoso y descuidado..... su tiro, dirigido á un ciervo, hirió en el pecho á Champak que murió inmediatamente.

Krishnadas cayó sin sentido, y los que estaban más cerca de él lo levantaron. La reververación de la pira funeraria que entonces estaba encendida, iluminaba sus facciones en que se retrataba el dolor y Ramchandra corriendo hacia él, exclamó:

—Dioses todopoderosos, qué es lo que he oído? ¡Champak ha muerto y Gopa está viuda!

VIII.

EL JUEZ EN CASA.

En el tiempo de nuestra historia los oficiales ingleses no estaban tan recargados de quehaceres como lo están los de ahora, para quienes el ocio se ha hecho desconocido. En aquel tiempo los más elevados empleados tenían lugar de dedicarse á sus estudios favoritos. Cerca del medio día Mr. White generalmente había terminado su trabajo oficial

y podía proseguir sus estudios ampliamente durante el resto del día.

Pocos días después de su conversación con Ramchandra en los ghats, lo encontramos dedicado al estudio en su bungalon, que como la mayor parte de las casas europeas en aquella región, no era elegante, pero provista de todas las comodidades indispensables en un clima tropical. Las ventanas y puertas del frente estaban abiertas para dar paso al aire, sombreadas solo por esteras tejidas de fina paja. Sobre la cabeza del inglés se balanceaba en vibraciones iguales el *punkah*, gran máquina indígena para abanicar, que por medio de una cuerda que pasaba por la baranda, era puesta en movimiento por unas doncellas colocadas allí. Sobre el piso del cuarto estaban extendidas varias pieles de tigre, en las paredes colgaban cuernos de antílope y otros trofeos de la caza.

Mr. White sentado á su mesa leía; después ve la hora en su reloj.

—Ramchandra me hace esperar hoy. Un notable cambio se ha operado en él desde que lo conozco. Al principio me miraba al sesgo como temiendo que yo supiera lo que le pasaba. Y al hacerle una pregunta que no se refería á nuestros estudios, casi no contestaba. Pero ahora.....los asuntos en que me ha pedido mi opinión durante los últimos días me indican que su alma está en un estado peculiar de agitación; espero estar contento con Ramchandra..... Pero emplearé el tiempo en llamar á cuentas á mis criados.

Llamó en voz alta desde su asiento al hombre que ejercía el cargo de tenedor de libros, dirigiéndose á él, como es costumbre en la India, por el nombre de su posición:

—¡Khansamah!

El hombre que era llamado, apareció inclinándose con respeto, á la vez que se tocaba la frente con ambas manos.

—Salaam, Sahib, que deseáis?

—¿Quién rompió ese vaso sobre la mesa?

—Sahib, calló por sí mismo—contestó el sirviente.

—Por sí mismo.....como siempre—repitió el Juez con burla.—También la lámpara se rompió por sí misma.

—No, Sahib, una almizclera calló sobre ella y la rompió.

Mr. White desde hacía tiempo se había acostumbrado á aceptar estas explicaciones de los criados con la frialdad que los europeos deben adquirir en la India, si desean evitar constantes vejaciones.

—Está bien—dijo—vé al bazar á comprar otra lámpara; pero te digo que si otra vez las cosas se rompen por sí mismas ó las ratas corren sobre ellas.....

—Sahib, eso no volverá á suceder.

—Ahora rinde tus cuentas. ¿Qué has pagado hoy?—Continuó Mr. White.

—Siete rupias al sastre, y seis, es decir, cuatro para carne, legumbres, pan y leche, y dos para herrar vuestro caballo. Por todo quince rupias.

—¿Cuántas son siete y seis?

Esta pregunta de su amo, lanzada en tono extraño, hizo temblar al criado, y dijo humildemente:

—¡Oh, trece, Sabib! Perdonadme, nosotros pobres gentes contamos mal.

¡Silencio!—exclamó Mr. White—Se que sabes contar mejor que yo.—El juez miró su látigo de un modo significativo.

El culpable juntó sus manos ansiosamente, en ademán de súplica.

—Ah, Sahib, no os enfadéis conmigo. Vos sóis mi madre y mi padre. ¡Que los dioses os hagan el Maharaja de Europa!

—¡Es muy probable, dijo con songa el Juez, y dirigiéndose á un criado que apareció á la puerta, dijo:—Bien, qué te trae aquí, Sudhín?

—¡Salaam, Sahib!—contestó el último.—Un niño está afuera no atreviéndose á entrar. Os trae un cesto de fruta como regalo, diciendo que vos habéis conducido á su padre ciego, sacándolo del tumulto de las calles.

El inglés mirándolo sorprendido le dijo:

—Al fin he encontrado la gratitud, habiéndola buscado en vano por tanto tiempo en la India, entre las clases inferiores de esta gente. Trae la fruta.

El hombre á quien se dirigía no se movió, y el juez añadió:

—¿Queréis hacerlo al instante?

—Es un niño Aghori, Sahib—dijo el criado y el otro sirviente oyó esas palabras con evidente horror.

—Justamente—dijo Mr. White—y su contacto os deshonraría. ¿Tú también Khansamah?

—Sí, Sahib.

—¡Ahora ved! Vosotros mentís para engañarme; eso no os deshonra! Pero tomar un cesto de fruta de manos de un inocente niño, eso os mancha!

—Sí, Sahib—dijo uno de ellos con decisión—si él es un Aghori.

Mr. White se puso en pie.

—Entonces iré yo mismo. ¡Oh, terrible poder de la superstición que reina en Benarés.

Al salir del cuarto, los criados entraron á otro conteniendo la risa.

—Todos los Sahibs tienen algún error—dijo uno de ellos.—¡Creen que las trampas deshonran!

—Y si nosotros—añadió el otro—no los engañamos, á quien tendríamos que engañar?

Después volvió Mr. White con la fruta en su mano, seguido de Ramchandra, que acababa de llegar encontrándolo en el barandah. El joven Brahman parecía muy desgraciado.—Siéntate Ramchandra, cómo has estado?

—Creo que no tan bien como siempre—contestó con voz en extremo débil.—Empecemos.—Abrió el libro que traía consigo, dirigiéndole una mirada indiferente, mientras que el Juez tomando una pluma, lo miraba con ademán investigante. Después de algún tiempo Ramchandra declaró que no entendía el pasaje.

—Es la primera vez que os oigo decir eso—contestó Mr. White y continuó con cariño—no debemos trabajar hoy; estáis enfermo, Ramchandra.

—Ah, vos no lo sabéis todo—exclamó—el marido de Gopa ha muerto; Gopa está viuda. Krishnadas está desesperado. Creo que no puedo sufrir ni una ni otra cosa.

Por algún tiempo permanecieron callados; después el inglés preguntó:

—¿Habéis visto á Gopa muchas veces?

—Oh, sí, muy á menudo. Su padre no la ha confinado en el cuarto de las mujeres, como lo están la mayor parte de las de nuestro pueblo. Gopa es muy sensible. Krishnadas se limita á conversar con ella de todos los asuntos y desea su presencia cuando lo visita un amigo.

—¿Es muy hermosa Gopa?—preguntó Mr. White, en tono conmovido; y Ramchandra exclamó con entusiasmo:

—¡Hermosa como la diosa Lakshmir, al salir de la espuma del océano!

—¡Puedo deciros, Ramchandra la causa de vuestra pena!..... Amáis á Gopa.

Estas palabras fueron dichas lentamente y de un modo que indicaba cordial simpatía. Pero Ramchandra se levantó de un salto feroz, como herido de muerte.

—¿Qué es lo que decís, Sahib? ¿No sabéis que yo soy Brahman; que Gopa es hija de comerciante y viuda además?

—Pero primero que todo sé esto—contestó el Juez con voz entera—que sóis hombre y joven llevando un corazón ardiente dentro de vuestro pecho. Cuando un joven como vos, donde quiera que esté, se encuentra en sociedad con una joven amable, es arrastrado hacia ella de un modo inevitable. Esto es la voluntad del Creador.

—¿Llamáis á eso la voluntad del Creador?—preguntó Ramchandra, con voz vacilante, como si temiera no haber escuchado bien.

—¡Sí! Y qué significa la viudez de Gopa? Decidme, Ramchandra, vivió con su esposo?

—No, nunca. Era muy niña cuando se casó y la abandó Champak.

—Pero decidme, qué es lo que hace esposa á una doncella? ¿No lo sabéis? ¿Son las ceremonias sacerdotales?

El Brahman que había inclinado su cabeza al dar la última respuesta, casi estaba próximo á indignarse, y exclamó:

—No ridiculicéis á mi religión, Sahib.

—No lo hago—contestó éste—porque las costumbres religiosas no son la religión. Creedme, Ramchandra, estáis en la verdadera senda de ilustraros. No pasará mucho tiempo sin que podáis distinguir la voluntad de Dios de las leyes del Brahmanismo. Amigo, no aparezcáis tan desgraciado; lo que sentís no es para vos una desgracia; pero no lo dudéis por más tiempo, amáis á Gopa.

Ramchandra se sintió terriblemente excitado.

—Si lo que decís es verdad, entonces soy hombre perdido.—Al decir esto salió por la puerta bamboleándose como un ébrio. Al día siguiente Mr. White esperó en vano al Brahman á la hora señalada.

IX.

ABANDONADO.

Diez ó doce distinguidos comerciantes de Benarés, á quienes se había unido Lakshman, rodeaban en su habitación á Krishnadas tan cruelmente tratado. El desgraciado con la cabeza inclinada se apoyaba en una mesa, y contestaba á la condolencia de sus camaradas.

—Aceptad mi gratitud, queridos amigos, pero os ruego me dejéis sólo.....Pero me parece que deseáis algo; hablad!

Vacilando empezó el más anciano de los visitantes á quien por su posición correspondía ser el interlocutor.

—Han pasado ocho días desde que supimos la triste nueva de la muerte de vuestro yerno.

—¿Ocho días?—repitió Krisnadas—puede ser; no he contado las veces que el sol ha salido y la noche llegado.....la noche, que para mí no es consoladora como se dice.

Se siguió una pausa; después el interlocutor de los comerciantes preguntó:

—Krishnadas, es verdad, como dice la gente, que Gopa, vuestra hija, lleva aún alegres vestidos y que no habéis aún rapado su cabeza como corresponde á una viuda?

—Es verdad—afirmó Krishnadas—se lo he prohido; no habléis más de eso.

—Es nuestro deber hablar de ello, para quitaros vuestro inútil pesar, recordandoos lo que mandan las leyes de nuestra raza.

—Mi corazón manda otra cosa--respondió Krishnadas—no puedo! ¡Tened piedad de mí; concededme sólo eso!

Volvió á reinar un penoso silencio que fué interrumpido por uno que estando cerca de Krishnadas, dijo:

—Recordad y considerad qué y quien sóis. Nos puede mucho, pero es preciso.

—¡No!—exclamó el infeliz—¡no es preciso! ¡No! Si á Gopa, mi hermosa hija, se le robase el espléndido cabello que cae sobre sus hombros, y se le condene á todas las desventuras que agobiaron á mi hermana, me volveré loco. Sí, por los dioses, lo siento así. ¡Me volveré insensato!

Entonces el director de la delegación habló encarecidamente.

—Krishnadas, hemos venido aquí no sólo como vuestros amigos, sino también como jueces. Somos los únicos que hemos sido nombrados por nuestra raza, què hoy se reunió en consulta y se nos ha enviado.

—¡Ah! es verdad?—exclamó Krishnadas—me asustáis!

—Lo siento, debíamos hacerlo. Aquí no tenemos que escoger. Amigo, vuelve en tí y promete que mañana Gopa.....

Krishnadas no lo dejó terminar, exclamando en el colmo de la desesperación:

—¡No! y mil veces no!

—¿Es esta, hablando con entero conocimiento, vuestra última palabra?

—¡Mi última! ¡Sufriré todo, me esforzaré en soportar todo lo que pueda resultar!

Entonces el que hablaba levantó la voz, y con reconcentrado disgusto dijo con firmeza:

—Puesto que torpemente despreciáis los mandatos de los dioses, oíd el juicio de nuestra raza: Desde hoy, ningún comerciante entrará á vuestra casa, nadie entrará en negocios con vos; y si os encontramos en la calle os volveremos la espalda como si nunca os hubiéramos conocido. Venid, amigos, hemos cumplido con nuestro deber.—Y sin despedirse de Krishnadas, los comerciantes salieron.

Aquel desgraciado había sido expelido de su raza, pero aún no comprendía que el amigo de su juventud pudiera abandonarle.

—¿Tú, también, Lakshman—exclamó—también tú te separas sin saludarme?

Mirando de soslayo, el último contestó:

—La voluntad de los dioses ocupa un lugar más elevado en mi alma que la amistnd de los hombres.--Y salió, el último, de aquella aborrecida casa.

Al mismo tiempo entró Gopa apresuradamente y corriendo hacia su padre espontáneamente lo estrechó en sus brazos.

—¿Oh, padre, padre, lo he oído todo; estamos perdidos!

—Así lo temo, hija—contestó Krishnadas débilmente.—Conozco á estos crueles hombres; escribirán hoy á todos con quienes tengo relaciones. Mi negocio está arruinado.

—¡No, padre, no!—exclamó Gopa entonces.—Pronto me vestiré con los atavíos de viuda y me raparé la cabeza.

—¿No lo haréis. ¡Jamás podré permitirlo!

--Oh, padre, dejadme, os lo suplico. Si me muestro ahora con traje de viuda, la raza anulará su decisión, y se contentará con aplicarnos un ligero castigo.

Pero Krishnadas no quería ceder.

—No, hija, si es preciso, mejor muramos juntos.

Un criado vagaba cerca de la puerta.

— ¿Qué es eso?—preguntó Krisnadas—me vienes á interrumpir.

—Amo, sólo una palabra.—suplicó —Al salir los comerciantes estuvieron en el escritorio hablando en voz baja con el tenedor de libros. Después de algún tiempo él salió de la casa ordenándome os dijera.....

Se detuvo, á la vez que Krishnadas temblando de impaciencia le gritó:

—Bien, y qué? acaba pronto!—el criado asustado retrocedió un paso.

—Ah, señor, tengo miedo. No me miréis tan indignado. Mi cuerpo todo tiembla.

—¡Habla miserable! ¿Qué te dijo?

—Que debíais buscar otro tenedor de libros entre los Pariahs.

Apenas había dicho el criado estas palabras, cuando desapareció por la puerta. Gopa lanzó un formidable gemido, y Krishnadas lleno de rabia rechinaba los dientes.

—¡Oh, ese villano! ese perro de villano, á quien yo sólo he colmado de bienes, á quien he recibido en mi casa hace muchos años cuando él estaba pereciendo! Pero voy corriendo á ver si á su infamia ha añadido la de robarme.

Gopa quedó sola paseando de un lado á otro del cuarto con sus manos enlazadas.

—¡Toda esta desgracia por culpa mía!—pensaba—pero qué he hecho yo para merecerlo? Porque tomé á Champak por esposo? Era muy niña; yo no lo conocía. El linaje me lo otorgó.....el mismo que trata de arruinarnos á mi padre y á mí. Y si me hubiera sido posible resistirlo, lo habría hecho? ¡Ah, no! Y es culpa nuestra que Champak haya muerto? ¡Que sufra el príncipe de Cashmere que lo mató! Pero nosotros, por qué nosotros?

Oyó pronunciar su nombre y voltió. Su faz se iluminó, porque sin notarlo ella, Ramchandra había entrado.

—Ah, tú, Ramchandra—dijo ella llendo á su encuentro—eres demasiado bueno. No te hemos visto desde hace muchos días.....Ya no te volveremos á ver más.—Su voz temblaba de emoción al decir las últimas palabras.

Ramchandra lleno de admiración la miró:

—¿Qué quieres decir con eso, Gopa, por qué no me veréis más?

—Debéis saberlo—contestó Gopa tristemente. —Mi padre ha sido expulsado de su raza, por haberse rehusado á permitir que yo sufriera la suerte de viuda de Lilavati.

El Brahman retrocedió.

—Eso es cruel; apenas puedo creerlo.....vuestro padre.....

—Lo conoces demasiado, véte! Supongo que no volverá á verte en esta casa.

—Eso está por verse, Gopa—dijo Ramchandra con repentino fuego.—Todavía no te he manifestado mi condolencia por la muerte de tu esposo. Pensabas que en poco tiempo te irías á tu nuevo hogar. ¿Te apesadumbraba eso profundamente?

—No tanto como la muerte de otros. ¿Qué era para mí, mi marido? ¿Lo conocí? Creo que apenas he cambiado con él diez palabras.

—Y tal vez—dijo Ramchandra satisfecho—no habrías encontrado la felicidad á su lado.

—Creo que no. Pero qué importa la felicidad de las mujeres en este país?—dijo Gopa amargamente.—Y aun, si hubiera podido sufrir más tiempo como esposa de Champak, todas las penas que pueda soportar el corazón de una mujer, lo había hecho de buena gana por complacer á mi padre. ¡Mi pobre y desgraciado padre! Él habla de muerte; y eso sería lo mejor para nosotros. Dentro de pocas semanas seremos mendigos. La muerte de Champak era lo peor que nos podía suceder.—Las lágrimas pugnaban por salir ella volvió su cabeza para ocultarlas.

Entonces Ramchandra sintió que su sangre hervía en las venas y comprimió con su mano derecha el corazón próximo á estallar. Todo su dominio sobre sí mismo se había perdido. Se lanzó hacia la doncella y tomándola en sus brazos gritó:

—¡Oh, Gopa, Gopa!

Al mismo tiempo retrocedió vacilante. Gopa se había librado y pormanecía erguida en toda su dignidad. Con ojos llenos de ódio contempló al Brahman, que apenas se daba cuenta de lo que había pasado, y le dijo con voz trémula de indignación:

—¡Atrás, infame! ¿Es esa vuestra amistad? ¿Era esa la razón por la cual la bondad del Brahman honraba esta casa? Vosotros Brahmanes, vosotros los elegidos de los grandes dioses, no os avergonzáis de vosotros mismos? ¿No salvó mi padre vuestra vida? Ojalá y nunca lo hubiera hecho; debía mas bien haberos dejado matar como un perro rabioso. ¿No ha hecho mi padre lo posible para que lleguéis á lo que sóis? ¡Y es ésta vuestra gratitud! No contestéis nada; ni una palabra! El sonido de vuestra voz profana esta casa. Mi padre y yo..... nunca fuimos bastante dignos para que participárais de nuestra comida porque las estúpidas leyes de vuestro linaje.....no, no las leyes.....por que vuestro orgullo os lo impedía. ¡Sí, oíd ésto de boca de una mujer! ¡Abríd vuestros oídos para que escuchéis la verdad! ¡Oh, el Pariah que barre la inmundicia de las calles es mejor que vos! Yo os lo digo; yo, una viuda, á quien despreciáis vos y todos los de vuestra clase.....

Ramchandra se sentía atacado de febril agitación; en vano había intentado varias veces interrumpir el desbordado torrente de palabras con que expresaba su furor.

—¡No, Gopa, no! ¡Protesto por todos los dioses! Escucha.....

(Concluirá.)

LA REDENCION DEL BRAHMAN.

Con el objeto de dar principio á una nueva serie de trabajos de vulgarización científica é interés pedagógico hemos querido terminar lo más rápido posible la publicación de la interesante novela de Garbe, que ocupa hoy todo el periódico, quedando ya muy poco por dar á luz.

AVISOS.

CURSO DE RAICES GRIEGAS

POR EL

Dr. Jesús Díaz de León

Obra de texto en la Escuela N. Preparatoria.

6ª EDICIÓN DEFINITIVAMENTE REFORMADA.

Obras de texto en varios Colegios, Institutos y Escuelas, tanto oficiales como particulares en los diversos Estados de la República y en la Universidad de San Salvador, C. A.—La obra más completa que hasta hoy se haya publicado sobre esta materia.

Impresa en París.

LIBRERÍA DE LA VDA. DE C. BOURET.—5 DE MAYO, 14.—MÉXICO.

JESUS DIAZ DE LEON.

La HUERTA y el JARDIN

Obra ilustrada con numerosos grabados.

Con este título nuestra casa acaba de editar una obra pedagógica, elaborada por la docta pluma del distinguido escritor Dr. Jesús Díaz de León, y cuya obra es el complemento del primer grado que con el nombre de "Nociones de Agricultura" sirve de texto en casi todas las escuelas del país desde hace tres años. Esta serie deberá cerrarla un tercer tomo titulado "La Selva y el Prado," que formará parte de los estudios de grandes cultivos agrícolas y corresponderá al último año de la enseñanza escolar.

La Huerta y el Jardín viene á llenar un vacío que el ilustrado pedagogo había previsto y que por lo mismo se ha apresurado á no dejar hueco alguno en sus labores. La escuela primaria para niños, la escuela rural, la escuela normal pueden aprovechar perfectamente las Nociones de Agricultura, pero falta un libro que llevando el mismo objeto, tratando sobre el mismo ramo fuese perfectamente adaptado á las escuelas de niñas, más aún, que comprendiese materias cuyo conocimiento sea indispensable á los niños y á las niñas, previendo con ellos al horticultor, y al alma del hogar. El estudio del huerto, de la huerta y del jardín es de la mayor importancia y de grande utilidad para la mujer, pues con aquel se le abrirán nuevos horizontes á la que hoy deja sin cultivo algún pedazo de tierra en las propiedades del hogar ó deja de cultivar muchas plantas porque ignora hasta los procedimientos más vulgares de la rutina, pero cuando la instrucción despierte sus tendencias laboriosas hacia una ocupación que siempre es grata al bello sexo, entonces, cada hogar será un jardín de aclimatación y de experiencia y cada pedazo de tierra propio que hasta hoy ha sido un barbecho inútil, acabará por convertirse en un pequeño huerto ameno y productivo. Tal es la aspiración que tiende á realizar esta obra si el profesorado mexicano la acoge bajo su protección como ha acogido todas las obras pedagógicas que ha dado á la prensa el Dr. Díaz de León.

La Huerta y el Jardín es una obra escrita para las escuelas de ambos sexos en las cuales lleva un doble papel perfectamente comprendido por el autor y hábilmente desarrollado en el plan de la obra. En las escuelas de niños sirve de recordación á la vez que es una ampliación de los estudios agrícolas emprendidos en el primer grado: en las escuelas de niñas forma un curso completo y único de botánica, comprendiendo las generalidades de esta ciencia y sus principales aplicaciones á los cultivos de frutales, de legumbres, de flores, y las principales reglas estéticas para la formación de los jardines.

Recomendamos á la atención del Profesorado Mexicano esta obra que indudablemente ocupará su lugar correspondiente en el material escolar, siendo también un libro útil é interesante entre los libros de consulta y entretenimiento en el hogar, pues siempre encontrarán las señoritas aficionadas al cultivo de las flores, algo bueno y algo nuevo que aprender al hojear sus páginas.

Por último, esta obra, además de llenar su objeto como obra de texto, es un libro muy apropósito para servir de premio en las escuelas, ó bien para hacer un obsequio importante y de poco costo á las niñas que siguen los cursos de ciencias naturales en la escuela primaria.

De venta en la LIBRERÍA DE LA VDA. DE C. BOURET.—5 DE MAYO, 14.—MÉXICO.

Nociones Elementales de Agricultura,

Para las escuelas primarias especialmente las rurales

—POR EL—

Dr. Jesús Díaz de León.

MAGNIFICA OBRA CONTENIENDO UNOS SETENTA Y NUEVE GRABADOS

Obra de texto en las Escuelas Oficiales en casi todos los Estados de la República Mexicana y en algunos colegios de Centro América.

El mejor premio que puede darse á un niño en esta época es un ejemplar de la obra de Agricultura del Dr. Díaz de León.

Hay ejemplares de lujo con pasta de tafilete y cortes dorados á $ 1. 00 el ejemplar.

Pasta holandesa. $ 0. 50 el ejemplar.

Pueden dirigirse los pedidos á la librería de la Viuda de C. Bouret. México, 5 de Mayo 14.

Excelente oportunidad para dotar de textos de Agricultura las escuelas públicas, premiando la aplicación de los niños con un ejemplar de esta obra.

LECCIONES DE COSAS

Año preparatorio de la enseñanza de las Ciencias Físicas y Naturales al alcance de los niños, escrito para las escuelas primarias

—POR EL—

Doctor Jesús Díaz de León,

autor de las "Nociones de Agricultura,"
"La Enseñanza Moral en la Escuela Primaria,"
"Curso de Raíces Griegas para las Escuelas Normales," etc., etc.

COMPRENDE

La guía del Maestro y el texto para el niño.

OBRA DE TEXTO EN LAS ESCUELAS OFICIALES Y PARTICULARES EN CASI TODOS LOS ESTADOS.

Primer grado.—Libro escrito para el Segundo año escolar conforme á la Ley reglamentaria de la Instrucción obligatoria en el Distrito Federal y Estados que la hayan aceptado.

1 Tomo en 12º con 70 ilustraciones, valor $ 0.40. De venta en la Librería de C. Bouret. 5 de Mayo 14. México.

EL LIBRO DEL HOGAR

—POR EL—

Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Consejos á las madres para conservar la salud de sus hijos y prevenir sus enfermedades.

Obra de grande interés para toda madre de familia, con cuyos consejos puede salvar en muchos casos la vida de sus hijos.

Esta obra no debe faltar en ningún hogar.

De venta en la Librería de la viuda de C. Bouret.—México. 5 de Mayo 14 y en la Imprenta de R. Rodríguez Romo.—Aguascalientes. Calle de Zavala, letra C.

☞ PRECIO DEL EJEMPLAR Á LA RÚSTICA, $ 0.62 CTS.

Imprenta de Ricardo Rodríguez Romo.
CALLE DE ZAVALA, LETRA C.